

DOSSIER BECA FUNDACIÓN ARQUIA

Francisco Polo Tobarra



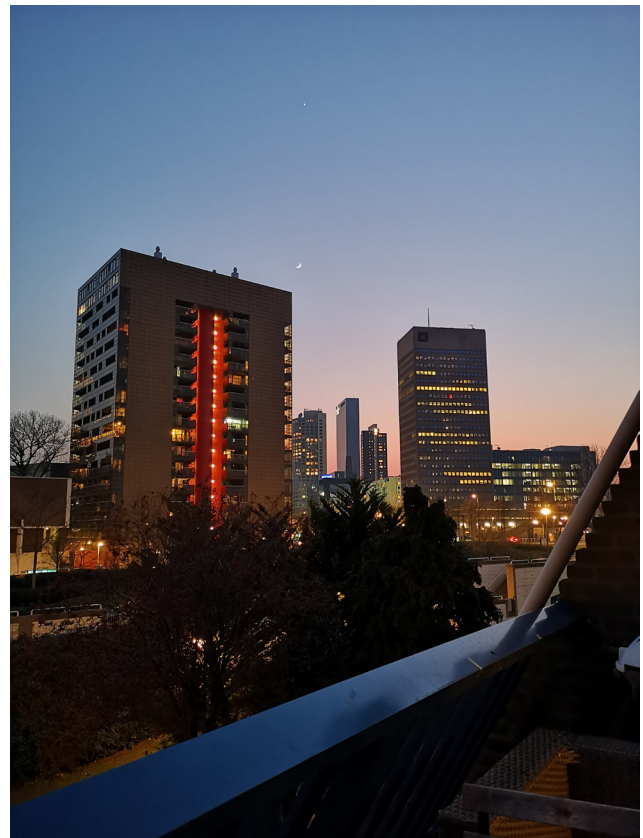
Recuerdo llegar a Rotterdam un típico día invernal frío, gris y lluvioso, un gran contraste con el cielo abierto y soleado del que me había despedido solo hacia un par de horas en Valencia, lo cual, tampoco era ninguna sorpresa. Esperando a recoger mi maleta, con esa mezcla de nervios e ilusión que se tiene en todo comienzo de algo. Espontáneamente entable una conversación con una mujer, con la que finalmente compartí taxi hasta la ciudad. Ella iba a visitar unos días a un familiar y durante el trayecto me habló muy bien de la ciudad que ya había visitado muchas veces y que yo todavía desconocía, lo cual me tranquilizó.

Por suerte pude encontrar alojamiento previamente por Internet, lo cual me evitó la aburrida opción de pasar una semana en un hotel buscando y visitando pisos todo el día. No es nada fácil encontrar piso en esta ciudad, llena de estudiantes y expats. Pasé semanas buscando entre pisos diminutos, extremadamente caros o muy lejos del centro (donde está el estudio) hasta encontrar algo decente.

Finalmente encontré un piso con un precio razonable, a 5 minutos andando del trabajo, muy tranquilo y en buen estado.

También fui muy afortunado con los compañeros de piso; un estudiante americano, un alemán que hacía prácticas en OMA y una chica de sudafricana que también trabajaba. Tuvimos todos una buena relación desde el principio y hacíamos cosas juntos frecuentemente. Lamentablemente tras la declaración de la pandemia dos de ellos decidieron volver a sus países.

Decidí ir a Rotterdam dos semanas antes del inicio de las prácticas con la intención de tener más tiempo para llevar a cabo algunos aburridos trámites burocráticos necesarios como el registro en la ciudad, permiso de trabajo, seguro médico, etc. Y principalmente para descubrir la ciudad.





Para ello como no puede ser de otra manera en ese país lo primero que hice el primer día, fue adquirir una de esas robustas bicis holandesas mediante Swapfiets, una empresa de alquiler de bicis muy recomendable para expats.

Como es conocido, Holanda es el paraíso de las bicis. Plano y lleno de carriles. De modo que así pase mis primeros días, dando vueltas por la ciudad, viendo arquitectura y ocasionalmente visitando ciudades cercanas o pueblos preciosos como Delft a solo una hora pedaleando desde Rotterdam, a través de las verdes y húmedas planicies. Debido a su historia Rotterdam es una ciudad de gran interés arquitectónico. Como un fénix tuvo que resurgir de las cenizas de su destrucción. Existe un gran contraste entre lo nuevo y lo viejo patente por toda la ciudad, lo que la diferencia de la estereotípica ciudad holandesa de tres alturas y canales.



Finalmente el primer día de trabajo llegó, pese a los nervios iniciales fue un genial comienzo, especialmente gracias a los esfuerzos del estudio por hacernos sentir cómodos en todo momento. Conocí a el resto de interns, un interesante grupo de 20 personas de todo el mundo. Nos hicieron una presentación del estudio y un pequeño tour por la oficina. Ese primer vistazo fue muy excitante. Preciosas maquetas, imágenes y libros de concursos, gente trabajando en nuevos proyectos, materiales constructivos, la maquina de café... En definitiva como un pequeño museo.

Durante los primeros días se preocuparon por enseñarnos como funciona todo en el estudio, procedimientos de trabajo, como usar el servidor, etc. Además nos ofrecieron unos mini cursos de algunos software para adaptarnos mejor a las herramientas de trabajo de la oficina. Finalmente nos dividieron por departamentos según nuestras aptitudes y manos a la obra.

Fui destinado al departamento emea que abarca los proyectos localizados entre oriente medio y el sudeste asiático. Conocí a mis compañeros de departamento y me metieron en un equipo que iba a empezar un concurso para un museo de ciencias naturales. ¿Que mas se puede pedir? Solo contábamos con un mes para finalizar el proyecto, lo que significaba que serian semanas intensas.

Fueron días muy emocionantes, estábamos muy ilusionados con el proyecto y además había buena química entre los compañeros de equipo. Enseguida pude adaptarme a la tradición de tomar un par de cervezas en el bar de enfrente de la oficina tras acabar la jornada.

En los días siguientes la presión del proyecto crecía paralelamente con la expansión de ese virus, que si hacía unas semanas parecía algo ajeno y lejano, ahora se presentaba como una amenaza muy real. Recuerdo esas primeras semanas de marzo la cara de preocupación de los italianos que durante la comida se sentaban juntos a hablar sobre las malas noticias que les llegaban. El covid llegó como un tsunami, y todo cambio. Empezamos a trabajar desde casa de un día para otro. El estudio demostró una gran resiliencia en ese momento. Nos facilitaron la conexión remota, nos permitieron llevar a casa nuestras pantallas y sillas de la oficina y siempre mostraron transparencia y apoyo. Fue increíble ver como en tan solo una semana, un estudio de unas 200 personas ya estaba eficientemente trabajando desde casa.

Como para todos el cambio social fue el más drástico, pasar de estar conociendo gente continuamente, hacer planes con los otros interns, etc. A la reclusión social. En ese momento fue cuando dos de mis compañeros de piso volvieron a sus países, de modo que curiosamente quedamos solo los dos arquitectos del piso. Nos llevábamos muy bien y fue fácil apañarnos para incluso disfrutar de ese tiempo. Por suerte en Holanda no hubo una cuarentena estricta como en España, se permitía salir en grupos de máximo 3 personas. Todo estaba cerrado de modo que nuestra oferta de ocio se redujo a, cocinar juntos a menudo, tomar unas cervezas en la terraza después del trabajo y alguna excursión ciclista los fines de semana.



En las cuales siempre aprovechábamos para visitar algunas de las obras del estudio que se encontraban en los alrededores, algunas de ellas todavía en construcción como el Depot Boijmans en Rotterdam, que tenía muy cerca de casa y pude ver como progresivamente fue adquiriendo su característica fachada reflectante. Además, las excursiones más largas, como la que hicimos a Amsterdam, nos permitieron apreciar otra dimensión distinta a la urbana. La transición de la ciudad, cuya densidad decrece hasta abrirse al verde y horizontal paisaje holandés totalmente planificado, con sus reticulares pastos y canales, sus brillantes e impolutos invernaderos y sus monumentales infraestructuras.



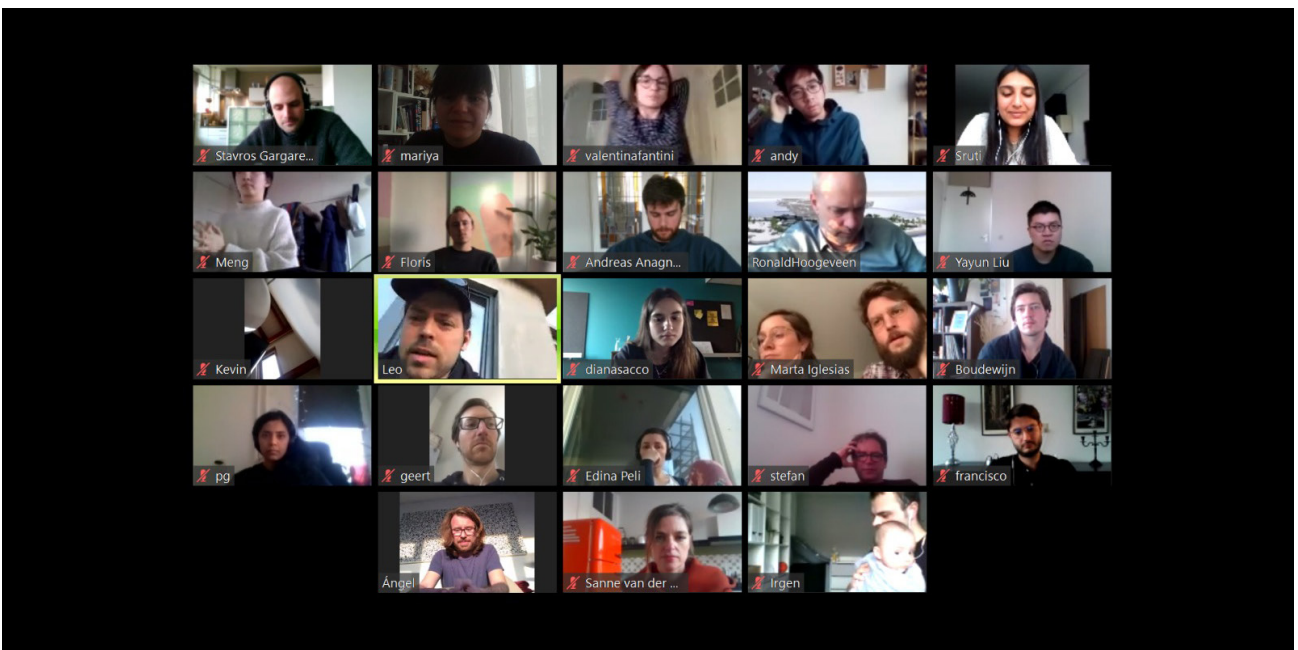


Túneles, puentes, diques, canales o molinos, que enmarcan, alteran y dan contexto al paisaje, que va lentamente cambiando con la moderada velocidad de la bici, que permite su perfecta contemplación y disfrute.

Además, pese a todo lo trágico y deprimente derivado de la pandemia, podían extraerse algunas notas positivas. Amsterdam, una ciudad normalmente invadida por turistas, se encontraba prácticamente desierta, lo que nos permitió admirarla de una forma especial. El tiempo también fue otro factor positivo, al parecer fue una de las mejores primaveras que se recordaba según muchos compañeros. Unas temperaturas muy agradables y apenas un par de días lluviosos, que hacían muy tentador el pasar tiempo fuera de casa.

Eran tiempos también muy surrealistas. Mientras yo podía relativamente disfrutar de la primavera y pasar tiempo fuera, todos mis

Amigos y familiares se encontraban encerrados en casa, en medio de un ambiente de preocupación y miedo. Las videollamadas enseguida se convirtieron en algo habitual, tanto en lo personal como en lo profesional. En el trabajo, perfectamente podíamos tener hasta 3 reuniones virtuales al día para discutir, gestionar y distribuir las tareas de la jornada. De modo que ese mosaico de caras en la pantalla se convirtió en la nueva realidad. Para mí, no fue nada difícil adaptarse al tele-trabajo, de hecho tiene ciertas ventajas evidentes con respecto a trabajar en la oficina física, como por ejemplo poder trabajar con el pantalón del pijama. Sin embargo, las relaciones personales reales se echaban en falta.



Con el paso de los meses se confirmaba que la vuelta a la normalidad iba a retrasarse mas de lo deseado. El estudio nos comunico que aplazaban el regreso a la oficina hasta septiembre como mínimo, lo que significaba que el resto de mis practicas las pasaría en casa. Fue algo decepcionante, pero para nada el fin del mundo. Ya me había acostumbrado a trabajar desde casa y ademas estaba disfrutando y aprendiendo mucho. Tras el proyecto del museo, trabaje un par de meses en un interesante y complejo proyecto que incluía vivienda, uso comercial, hotel y espacios públicos, para entonces ya me encontraba mucho mas cómodo con la forma de trabajar del estudio, y mis supervisores cada vez confiaban mas en mi. En el ultimo mes de las practicas entré en otro concurso para un edificio de oficinas, otro interesante proyecto para el que solo teníamos un mes, el cual hemos terminado solo hace unos días, y de cuyo resultado estamos muy orgullosos.

Y así estos convulsos 6 meses llegan repentinamente a su fin. Pensando retrospectivamente, en este relativamente corto periodo, me sorprende profundamente lo mucho que ha cambiado el mundo desde aquel día gris de febrero, y lo mucho que he aprendido.

Finalmente quería agradecerle a la fundación arquia por ofrecerme esta increíble oportunidad, tan valiosa para mi carrera profesional. Así como por la ayuda y apoyo que me han brindado siempre que he tenido alguna duda o problema.

Muchas gracias

